

Gitanos en el arte de Manet y Echevarría

Dos importantes exposiciones, presentadas recientemente en Madrid, han acogido cuadros inspirados en motivos gitanos: la del pintor francés Edouard Manet (1832-1883) en el Museo del Prado y la del pintor vasco Juan de Echevarría (1875-1931) en la Fundación Mapfre.

Exposiciones que nos sirven para recordar que una de las asignaturas pendientes con la cultura gitana es descubrir su aportación en diferentes ámbitos; los gitanos han generado manifestaciones culturales que pocas veces han sido plasmadas en textos o imágenes, pero han sido motores o protagonistas de las mismas en muchas obras.

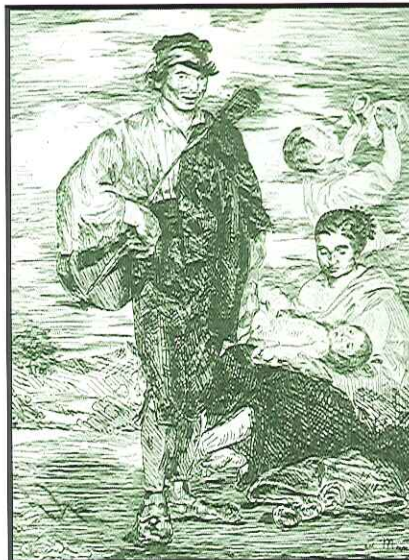
La mirada de Manet sobre los gitanos

En principio, sólo una obra de la exposición tiene un título netamente caló: el aguafuerte que Manet dibujó en 1862 titulado *Les gitanos*, que fue su primera publicación en la Sociedad de Aguafuertistas de París. Aquí encontramos un típico gitano, con la guitarra en bandolera y rodeado de su familia.

En una segunda mirada vemos más cosas. El objetivo no es llegar a la conclusión de que en el cuadro *Lola de Valencia* retrate a una gitana, que sería falsear la historia, sino tomar una postura expansiva de lo gitano en las obras de este pintor. En este sentido, hay varios cuadros sobre los que detenerse para encontrar estos vestigios: *El ballet español*, *El viejo músico*, *Plainte Moresque*...

Antes de nada cabe recordar que a Manet, frente al preciosismo de la pintura francesa de su época, le fascinó la intensidad de trazo y color de la pintura española. Además tenía una visión del arte como algo que no podía exhibirse en fragmentos, como suele ocurrir en tantos museos. Buscaba llegar a un todo fuerte y personal, en la creación y en la exhibición.

Aunque suene a publicidad, no hace falta mucho análisis para deducir que la intensidad global de la vida gitana que descubrió a través de la cultura española traza una línea de unión de su obra con una cultura que es ante todo una forma de vida. Y una forma de vida estética e intensa, en el



duelo, en la fiesta, en la vida en comunidad, en la relación con los demás...

Manet, el pintor que fue criticado por casi todos los pintores y apoyado por casi todos los grandes escritores de su época, tuvo un punto de inflexión en su pintura con la visita al Museo del Prado en Madrid y su estancia de siete días en la capital, con asistencia a una corrida de toros y visitas a Toledo y otros lugares, donde conoció a los clásicos de la pintura española.

Esa inflexión, en la pintura de Manet se materializa en un cuadro que tiene por motivo central el flamenco, con españoles

bailando en su centro: *El ballet español* retrata una compañía que visitó París y a la que pintó en 1862. El grupo impactó en el mundo de la cultura y como destacó Baudelaire "nos hace pensar que el talento español se ha refugiado en Francia".

En el cuadro la atención gira esencialmente en torno a los bailarines Lola de Valencia, Anita Montes y don Mariano Camprubí. Todos ellos con apellidos y rostros que no nos hacen pensar que sean necesariamente gitanos. Son españoles del Mediterráneo, pero están enmarcados en unas oscuras figuras de majos. ¿Gitanos quizá? Eso es secundario. Es evidente que en ese cuadro, sobre todo en esa experiencia de intensidad flamenca, lo gitano no fue anecdótico, igual que no lo fue para tantos y tantos intelectuales a lo largo de la Historia, de Listz a Lorca, pasando por Falla. El impacto recibido por la fuerza y espontaneidad de los tablaos flamencos provoca la ruptura definitiva de Manet con la pintura de contenido histórico y formas tradicionales que se daba en Francia.

Otro cuadro esencial en la obra de Manet es *El viejo músico* (1862). Una nueva ocasión para aplicar la mirada no obvia sobre él. Aparentemente es un lienzo en el que queda retratado un anciano que nos mira, con un violín en las manos, unos niños vestidos humildemente ante él y unos espectadores a su espalda. Los teóricos de la pintura hablan de las influencias de los men-digos filósofos de Velázquez en la imagen



del anciano. Tiene una mirada entre cansada y serena. Y sirve de eje entre dos mundos. El de unos niños atentos ante él y su público. Hoy sabemos que además de estas influencias hay otras que no han pasado a la Historia. El anciano violinista es el modelo gitano Jean Lagrène.

Es fácil reproducir lo que se paseó ante los ojos de Manet. Un violinista gitano, como tantos en Europa, buscando sustento para sus hijos. En realidad vuelto de espaldas hacia los que le pagan por ello, y atento a su entorno más próximo, como defendería Antonio Mairena en sus teorías sobre el origen del flamenco. Quizá reproduciendo una postura que no sólo se dio en Andalucía, sino en toda Europa: la del gitano que vende su arte por necesidad. Su piel y su mirada nos dejan claro el origen de modelo y los datos del mismo lo confirman. Este cuadro fue el elegido por Manet para competir en el Salón de París, el principal trampolín para alcanzar la fama.

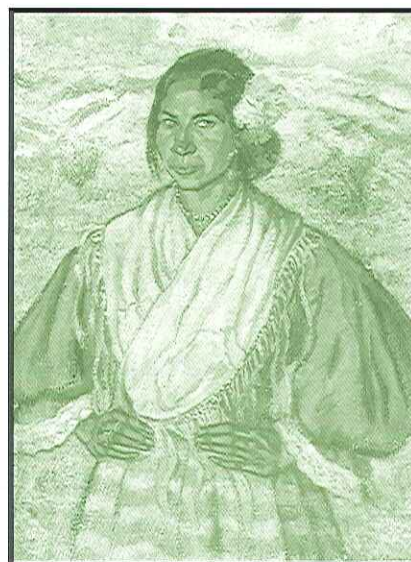
Ya tenemos otra relación entre los gitanos y Manet. De la misma forma que su punto de inflexión tiene como centro unos bailarines flamencos, una de sus intenciones por entrar en el Salón de París tiene como eje un músico gitano.

El mensaje para nosotros de estas tres obras es una llamada de atención, para que

en la búsqueda y rescate de la cultura gitana recordemos que hay mucho más de ella que lo que inicialmente se ve. Sólo hay que mirar, como hizo Manet.

Juan de Echevarría, de Bilbao a Granada

Hasta el 28 de marzo la Fundación Cultural Mapfre ha exhibido una importante selección de la obra del pintor vasco Juan de Echevarría (Bilbao 1875-Madrid 1931).



No lo sabemos, pero la imagen que tenemos de Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Valle-Inclán, entre otros, se debe en muchos casos a cuadros pintados por Echevarría. Un pintor de estilo heterogéneo, a medio camino entre el fauvismo o el impresionismo, que se acercó a todos los estilos pero no acabó siendo un autor definible por ninguno de ellos. En todo caso su pintura está llena de un uso del color intenso, en muchos casos plano, en otros con pinceladas que recuerdan a Gauguin o a Manet, incluso a veces al puntillismo. Simplemente no pretendió ser clasificable sino pasearse por las diferentes técnicas que consideró útiles en cada momento.

Un cuadro que capta nuestra atención es el titulado *Gitana*. Una obra de 1915 donde vemos una mujer morena con rasgos marcados y típicamente gitanos, y ropas llamativas por su color. Su técnica es similar a la de otras de sus obras.

El contenido nos hace acercarnos más a él y vemos que en su vida, los motivos de gitanos fueron una de sus pasiones. Todo ello empezó esencialmente a raíz de un viaje a Granada, cuando de vuelta de París, y con una mirada que no debía de ser fácilmente impresionable, quedó marcado por lo que allí encontró. Desde ese instante gitanos y "naturalezas muertas", normalmente con influencias orientales, fueron sus motivos favoritos.

Hay una curiosidad que quizá sintetice lo que Echevarría buscó y encontró en lo gitano. En su estancia en París estuvo muy cerca del grupo de Gauguin. Uno de sus amigos fue su paisano bilbaíno Francisco Durrio, el orfebre y escultor que fue albacea de Gauguin cuando éste se marchó definitivamente a los Mares del Sur. Esa búsqueda de otras culturas y otras formas de enfrentarse a la vida, distintas al ambiente pequeño burgués de principios del siglo XX, fue buscado por casi todos los artistas del momento. En esa huida hacia algo diferente y al mismo tiempo más humano, Gauguin viajó al Trópico; otros pintores españoles de la época como Nonell, Echevarría, Zuloaga o Anglada Camarasa (junto a escritores y músicos) eligieron otra identidad para buscar, la gitana.

■ José Luis Herranz